



Clementina Díaz y de Ovando

“La novedad de América en los romances”

p. 99-134

Conciencia y autenticidad históricas

Escritos en homenaje a Edmundo O' Gorman

Juan Antonio Ortega y Medina (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Facultad de Filosofía y Letras

1968

436 p.

Figuras

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/114/conciencia_autenticidad.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Clementina Díaz
y de Ovando

**LA NOVEDAD DE AMÉRICA
EN LOS ROMANCES**

El romance, forjado en el esfuerzo bélico heroico, fue la expresión literaria más cara al español, quien la utilizó lo mismo para contar y recontar las hazañas de los héroes que para comentar el diario acontecer que interesaba, asimismo al pueblo, su creador. Y el hecho apenas sucedido, en el metro y tono preferidos era dado a conocer por los noticieros ambulantes, los cantores de romances; pues el canto fue un recurso muy eficaz para propagar noticias y sucesos coetáneos, el romance cumplió así una función necesarísima a la sociedad: la propagación de noticias, por lo que fue y es un “servicio nacional”, ya que todo hecho que interese al pueblo se poetizará y prolongará su actualidad en un romance.

Cuán bien comprendió esta peculiar vigencia que el pasado tiene para el romance Antonio Machado, al decir:

¡Del romance castellano
no busques la sal castiza
mejor que romance viejo,
poeta, cantar de niñas!

Déjala lo que no puedes
quitarle: melodía
de un cantar que canta y cuenta
un ayer que es todavía.

Para los conquistadores el *ayer* fue en América un *todavía*. La conquista, una continuación de la lucha con los moros, y los romances, que exaltaron a los héroes de la reconquista, un arbitrio que encaja a perfección con las nuevas circunstancias.

El romance, que en su armoniosa melodía sintetizó lo medieval y lo renacentista, llega a América en su forma poética ya hecho; no tiene en la conquista actividad creadora, los conquis-



100 *Clementina Díaz y de Ovando*

tadores lo traen como una serie de ideas fijas, sabido por todos, citan renglones del romancero para animarse en la batalla, para dirimir sus dificultades, insinuar sus proyectos o dar una voz de alarma. En más de una ocasión, cuando los conquistadores desconfían entre sí y temen a la autoridad real por una acusación o difamación que puede ir en contra de sus intereses, utilizan citas de romances por analogía o semejanza, de una manera críptica que les permite decir lo que quieren sin comprometerse. El romance funciona, entonces, como una fuente de sabiduría popular, es un repertorio de sabiduría práctica y cuyo mecanismo les da oportunidad de decir y no decir. Y de este modo los romances, durante la conquista, adquieren otra función en maña de odiseo conquistador: la pragmática, la utilitaria.

Los romances que tan diestramente manejó el conquistador, hacen tema de las hazañas de los conquistadores, y siguieron, además, cumpliendo su papel de informantes, pues para el pueblo la noticia es sólo *verdad* cuando se vierte en el molde poético de un romance, y por medio de romances ya anónimos, ya eruditos, o los que glosaron una crónica o un poema, el pueblo se enteró de los hechos heroicos realizados en tan lejanos y fantásticos lugares y conoció las novedades de la tierra.

Los primeros romances en que se alude a América son, naturalmente, los que se refieren a las hazañas de los conquistadores, a sus disputas y, más adelante, los que revelan las novedades de la tierra: el indio y la naturaleza americana.

La anexión del reino de Nueva Granada, que realiza Gonzalo Jiménez de Quesada, lega un romance escrito en 1538 por el valeroso fray Antón de Lezcámez, compañero que fue del padre Las Casas y jefe espiritual de las mesnadas que, como todos los clérigos de las expediciones conquistadoras, aunaba la pluma, la espada y el misal a imitación de aquel inquieto obispo don Jerónimo de que nos habla el *Poema del Cid*.

Para el padre Lezcámez la lucha contra los indios es la continuación, en lejanas tierras, de la reconquista, la conversión de herejes una necesidad; basta comparar a los indios con “escuadrones de herejes y morería” para excitar el esfuerzo hispano.

En el romance, Gonzalo Jiménez de Quesada, para quien el recuerdo de “Alhambra mi tierra —muy mucho me entristecía...”, expresa su deseo de que la ciudad que sobre los escombros se edifique al triunfo cristiano sea tan bella como Granada, la agarena:

... Y fundaremos ciudades
de honores y cortesía.



De prelados y arzobispos,
doctores de gran valía
y poetas y cantores
que canten su cantería
y vivan como cristianos
sean hijos de malatía
y la más bella ciudad
Granada se nombraría . . . ¹

Los conquistadores verán siempre a la tierra conquistada comparable a España y pretenderán que a ella se asemeje, las ciudades recién fundadas llevarán nombres de España; en cambio, los españoles que no anduvieron en la conquista y que, por lo mismo, no pueden considerar como *suya* la tierra sometida se indignarán ante tal pretensión.

El sometimiento de la región del Río de la Plata costó a los españoles grandes torturas que dieron principio cuando la disputa por el camino a seguirse culminó con el asesinato del oficial Juan de Osorio. El año de 1536 llegaron a la desembocadura del río y el adelantado Pedro de Mendoza fundó la ciudad del Buen Ayre, sitiada y destruida por los indios poco después. La relación de estas visicitudes la suministra el romance elegíaco: *Luis de Miranda clérigo, a la ciudad de la Asunción, provincia del Río de la Plata recientemente poblada.* ²

El romance de fray Luis de Miranda narra las discusiones por el mando; proporciona nombres de capitanes, número de castellanos que partieron en 1535 de España. Y el de los sobrevivientes a los ataques de los indios; las torturas del hambre y lo que fue necesario comer para calmarla. El sitio de la ciudad de Nuestra Señora del Buen Ayre es tan importante para su autor que lo compara con la destrucción de Jerusalén.

. . . Allegó la cosa a tanto
que como en Jerusalén,
la carne de hombres también
la comieron.

Las cosas que allí se vieron
no se han visto en escritura:
¡Comer la propia asadura
de su hermano!

¹ Citado en *Romancero* de Ismael Moya. Buenos Aires. 1941, p. 112.

² Allí se habían dirigido los maltrechos expedicionarios. Este romance está citado en *Los romances basados en la Araucana*, de José Toribio Medina. Santiago de Chile. 1918, p. LX.



102 *Clementina Díaz y de Ovando*

Forzados por las circunstancias estos tan buenos cristianos se convirtieron en antropófagos como los indios adoradores del demonio.

Fray Bartolomé de las Casas no conoció seguramente este episodio relatado por el romance, pues para su apasionada defensa de los indios y del problema de la antropofagia, al que tuvo que darle tantas vueltas para explicarlo, bien le hubiera servido este romance.

Luis de Miranda como buen clérigo era un poco “sabidor”, su romance alardea de algunos conocimientos: el pie quebrado y el corte del romance “al estilo de las famosas coplas de Jorge Manrique aunque en estilo menos correcto y menos cortesano”.

La conquista de Buenos Aires la personifica en una mujer artera que sacrifica uno tras otro a sus maridos: los españoles que la quieren para sí, es una manceba que no gusta del estado legítimo.

El romance español siempre presente en la memoria del conquistador es muy evidente en este romance, pues el personificar a una ciudad, costumbre árabe que no cristiana, recuerda al romance de influencia morisca *Abenámbar y el rey don Juan*; el rey cristiano pretende casarse aquí con la ciudad de Granada:

—Allí hablara el rey don Juan
bien oiréis lo que decía.
—Si tú quisieras, Granada,
contigo me casaría,
daréte en arras y dote
a Córdoba y a Sevilla.
—Casada soy, rey don Juan,
casada soy, que no viuda;
el moro que a mí me tiene
muy grande bien me quería.³

El romance de fray Luis de Miranda termina con un voto: “un buen marido para la ciudad de la Pampa”; bienamada de su marido indio que no deseaba pasar al español que la ganaba como botín:

Mudemos tan triste suerte;
dando Dios un buen marido,
salió fuerte y atrevido
a la viuda.

Es bien sabido —comenta Ricardo Rojas— que pocos años después, aquel voto cristiano se realizó con don Juan de Garay, varón

³ *Flor nueva de romances viejos*. 1938, p. 272.



esforzado que reedificó el lugar de Buenos Aires para la viuda del romance.

Estos primeros romances que hacen tema de América, narran, como es lógico, la lucha contra los indios o las querellas civiles entre los conquistadores. El infortunio de un Diego de Almagro es cantado en su loor y defensa “por uno de sus apasionados servidores, aquel caballero noble y desbaratado que se llamó don Alonso Enríquez de Guzmán, y que había de cantarse al tono del romance peninsular el buen conde Hernán González”.

O bien cantan los romances la aventura del que quiso alzarse con la tierra y fue cruelmente castigado, según cuentan los romances peruanos sobre Francisco Hernández Girón. Quedan también ceñidas en romance las atrocidades de un Lope de Aguirre, obra al parecer de Gonzalo de Zúñiga, que consigna el romance en su *Relación*:

Riberas del Marañón,
do el gran mal se ha congelado,
se levantó un vizcaíno
muy peor que andaluzado.

La muerte de muchos buenos
el gran traidor ha causado,
usando de muchas mañas,
cautelas, como malvado . . . ⁴

Estos romances, interesantes documentos de los primeros tiempos de la conquista, pintan con gran elocuencia las traiciones que por el poder y la fama se jugaron entre sí los conquistadores. Y ante estas innobles acciones, don Alonso Enríquez de Guzmán autor del romance: *Donde procede la muerte del caballero don Diego de Almagro*, preso y muerto por Pizarro, pone en boca de indio las siguientes palabras llenas de temor, sorpresa y desconcierto, que al parecer son una censura a la empresa española, cuya codicia no les permite vivir en paz:

Ved los de España
que para se despojar,
siendo todos de una tierra
y de una parcialidad,

⁴ *Romances basados en La Araucana*, con su texto y anotaciones y un estudio de los que se conocen sobre la América del Sur, anteriores a la publicación de la primera parte de aquel poema, por J. T. Medina. Imprenta Elzevieriana. Santiago de Chile. 1918, p. LIV.



104 *Clementina Díaz y de Ovando*

traen entre ellos discordias
hasta venirse a matar.
Nosotros contra quien vienen
¿qué podemos esperar? ⁵

Tampoco Moctezuma comprendió por qué Cortés y Narváez, siendo de una misma tierra y súbditos de un mismo rey, llegaron a las manos.

Muerto don Diego de Almagro, los indios indefensos y caídos en manos rapaces se duelen de su orfandad.

Los indios hacen endechas,
comienzan a lamentar,
dicen: “Muerto es nuestro padre,
¿quién nos ha de reparar?”.
Sepa estas cosas el Rey,
váyanse a informar.

Otras palabras decían
mostrando muy gran pesar,
tales, que los que entendían
provocaban a llorar. ⁶

La piedad que para los indios se advierte en este romance, es acaso consecuencia de las ideas en pro del indio que conmovían a la sazón a los teólogos españoles.

Ciro Bayo que en su *Romancerillo del Plata* recogió los romances que cantaban sucesos del tiempo de la conquista y que aún andan en la tradición popular, consigna uno de carácter erudito, oído en Chuquisaca en el que Gonzalo Pizarro se defiende hábilmente de la imputación de lesa majestad que le atribuía La Gasca, imputación que no es otra que el haber ensanchado el imperio español. Pizarro comprende que no es posible compararse al rey; pero la conciencia de su hazaña lo lleva a la conclusión: casi están en igualdad y a no mediar los letrados, mestureros de la peor laya, bien podrían “amalgamarse” el rey y el conquistador.

Non creyades, rey Felipe
lo que acaso os contarán,
que el hermano de Pizarro
rey se quiso coronar.

⁵ *Romances basados en La Araucana*, p. xxii.

⁶ *Ob. cit.*, p. xxxiv.



Si vos sois el sol de Austria,
¿quién puede el sol eclipsar?
Yo bien quise ser la luna,
vos el oro de la Europa,
yo la plata de ultramar.
Una liga de tal mena
no han dejado amalgamar.

Si el marqués ganó un reino,
yo bien lo supe aumentar
el aumentar vuestro imperio
llaman lesa majestad.
Mañanita, rey Felipe,
el cuello me cortarán;
mis cabellitos al aire
uno a uno los darán. *
. . . El bonete venció al casco;
bien le podéis, rey premiar,
haciendo el bonete mitra
o birrete cardenal. ⁷

Este hermoso romance, escrito seguramente a raíz de los sucesos, parece de mano criolla; el romance no celebra en modo alguno en sagacidades de la Gasca, su tiempo, como lo hubiera hecho un poeta peninsular, es en realidad, una crítica a la política de la Corona. Los últimos versos expresan, por boca de Pizarro, acremente esa reprobación que viene a decir: lo menos heroico, la palabra meliflua y las mañas envolventes, será lo premiado por el rey en mengua del conquistador. Y así fue, el presidente La Gasca llegó a obispo de Palencia y más tarde pasó a serlo de Sigüenza.

Del interés que el sometimiento de las tierras americanas tenía para el español y, en particular, para los que hoy llamamos hombres de empresa, dice Jiménez de Quesada:

La pacificación de las ricas tierras peruanas era para Sevilla, emporio del comercio ultramarino, un acontecimiento de importancia suma, un negocio que le tocaba muy de cerca; y si el pueblo al saber la felicísima victoria del clérigo La Gasca, necesitó para calmar su avidez de noticias y sazonar su júbilo de *papeles* que a guisa de

* El romance recuerda con esta alusión el comentario que con versos de romance hiciera Carvajal cuando supo que sus amigos lo abandonaban para seguir a La Gasca:

Estos mis cabellicos madre,
dos a dos los lleva el aire.

⁷ *Romancerillo del Plata*, pp. 70-1.



106 *Clementina Díaz y de Ovando*

romances de ciego se pregonaban por las calles y plazas relataban el suplicio de Gonzalo Pizarro (dos de ellos se imprimieron en el tomo 16 de la colección Salvat) ¿qué no harían las personas de calidad, mercaderes, letrados y nobles? ⁸

La opinión de Jiménez de Quesada reitera: que la información de la conquista y principales sucesos se conocieron por los romances, pues nobles y caballeros gustaron saber las cosas de América por las mejores fuentes de noticias: los romances.

También la personalidad de Hernán Cortés inspiró, aparte de las alusiones romanceras en el preciso instante heroico, romances que delatan sus portentosas hazañas, escritos a fines del siglo xvi en la Península o en la Nueva España.

Los escritos en la Península presentan un héroe demasiado excelso, ajeno a la adjetivación mesurada del romance, y cantan el episodio un tanto novelesco de la quema de las naves: “Cortés quema las naves para no dejar a los suyos otra esperanza que la victoria”; “Cortés pone en prisión a Moctezuma” (anónimos), “Cortés derriba los ídolos de Méjico”, de Gabriel Lobo Lasso de la Vega y “Elogio de Hernán Cortés”, de Jerónimo Ramírez, insertos todos en el *Romancero general de la biblioteca de autores españoles*. Madrid, 1851, y que no son populares. ⁹

Los romances de Gabriel Lobo Lasso de la Vega fueron tomados por don Agustín Durán del libro que se intitulaba: *Primera parte del romancero y tragedias de Gabriel Lobo Lasso de la Vega, criado del rey nuestro señor, natural de Madrid, en casa de Juan Gracián, a costa de Juan Mendoza*, 1587. Lasso de la Vega también se ocupa de México y de Hernán Cortés en otro libro que se llama: *Primera parte de Cortés valeroso y mexicano*, Madrid. Pedro Madrugal, 1588.

Es el poema que en el prólogo del *Romancero* se llamaba Norte de Españoles”, y que con el título sólo de “Mexicana”, se editó también en Madrid, “enmendada y añadida por su mismo autor”, por Luis Sánchez, 1594. Lleva esta segunda edición tres cantos más

⁸ Obra citada. Romance basado en *La Araucana*.

⁹ En México, el periódico *El Siglo XIX*, el 1º de septiembre de 1852 anunciaba este *Romancero*:

“ Biblioteca de autores españoles. Desde la formación del lenguaje hasta nuestros días. Hoy se reparte el tomo 16º de esta interesante colección, que contiene el tomo segundo del *Romancero general* o colección de romances castellanos, anteriores al siglo xvii, recogidos, ordenados, clasificados y anotados por don Agustín Durán.

La suscripción sigue abierta en la Librería Española. 2a. calle de San Francisco núm. 7.”



que la primera. Parece que preparaba otra *Segunda Mexicana* a instancias del propio don Fernando Cortés, marqués del Valle, a quien iba dedicada la primera.¹⁰

El poeta peninsular concibió a Cortés como el brazo de la providencia, el instrumento de la divinidad, y exaltó las hazañas del conquistador de México conforme al sentir tradicional. Cortés, en ninguno de estos romances que figuran en el *Romancero general*, aparece altivo, insolente con el rey; al contrario, es un fiel y sumiso vasallo empeñado en guardar para sí la fama y no la riqueza, riqueza que en el sentir del autor del romance de Jerónimo Ramírez, “Elogio de Hernán Cortés”, ha desterrado del mundo la pobreza.

Sabe tener la templanza,
que aunque quita y pone leyes,
la ley del vasallo guarda,
obediente a los decretos
del gran monarca de España,
a quien por primicia ofrece
el fruto de sus hazañas,
ricas tierras populosas,
naves cargadas de plata,
que del mundo han desterrado
toda la pobreza humana,
dejando para sí sólo
la parte que no se acaba
con mudanza de fortuna
que es el pregón de la fama.

El poeta de Indias cantó las hazañas del conquistador Hernán Cortés, mezcladas con las quejas y peticiones a la Corona, tema vital en la poesía criolla como se ve claramente en el romance de Gonzalo Pizarro y, también, en un romance que en México se escribe sobre Hernán Cortés: *Romance del marqués del Valle*, atribuido a Mateo Rosas de Oquendo, poeta y pícaro que anduvo por estas tierras a fines del siglo XVI y principios del XVII.¹¹

El *Romance del marqués del Valle* nos presenta un Cortés

¹⁰ Prólogo de Eugenio Mele y Ángel González Palencia al *Manojuelo de romances* de Gabriel Lasso de la Vega. Editorial Saeta. Madrid, 1942.

¹¹ Alfonso Reyes, en su ensayo “Rosas de Oquendo en América”. *Capítulos de literatura española*. La Casa de España en México, México, 1939, dice quién fue Oquendo y estudia la obra que este poeta escribió en América. También Fernando Benítez en su libro *La vida criolla en el siglo XVI*. El Colegio de México. México, 1953, dedica a Oquendo el capítulo “La crónica de un poeta satírico”.



108 *Clementina Díaz y de Ovando*

altivo, muy consciente de sus hazañas, tan grandes como las de “Ulises y Alejandro”. El autor enfrenta a Cortés “pleitista desdeñado” con Felipe II. Cortés, sin consideración a la dignidad real, recuerda al monarca que, gracias a su “empresa”, gobierna más reinos que le heredaran sus abuelos, y hasta las costas de Chile se pronuncia el nombre real. Sus exigencias son justas, no reclama más que lo *suyo*. El rey se turba ante aquel “hombre determinado y terrible” y responde con la actitud que conquistadores y criollos hubieran deseado: enternecido pide perdón a Cortés, lo abraza en señal de amistad y promete cumplir las exigencias del conquistador.

... Asióle del brazo al rey;
puesta la mano invencible
en el puño de su espada,
aquestas razones dice:

Vuestra Majestad, Señor,
escuche a Cortés y mire
que con la capa que cubre
y con la espada que sirve,
le ha ganado más provincias,
que por mí gobierna y rige,
que le dejaron ciudades
su padre y abuelo insignes;
y en el mundo que gané,
le di a su escudo por timbre,
e hice que su nombre oyesen
hasta las aguas de Chile.

No me vuelva las espaldas,
aunque como el sol se eclipse;
pues el día que se pone,
al que viene se remite.

Pues nunca las volví yo,
con más trabajos que Ulises,
a millones de enemigos,
con dos soldados humildes.

Volvió el rostro Filipo;
vido al venerable cisne
bañar en aguas sus canas,
y enternecido le dice:

Padre vos tenéis razón
y lo será que os envidien
los principios que habéis dado
a vuestro dichoso origen.

Yo os despacharé, Cortés;
perdonadme lo que os dije



para que con este abrazo
nuestra amistad se confirme.
Entróse y dijo a Ruy Gómez
¿qué os parece lo que vésteis
en aquel nuevo Alejandro
en aquel cristiano Aquiles?
. . . Oh valiente capitán
tu nombre el mundo eternice,
pues nunca vasallo a Rey
dijiste lo que tú dijiste.¹²

Salvador Toscano, en su artículo “Los romances viejos en México en el siglo xvi y un romance anónimo a Cortés”, opina que este romance fue escrito por algún criollo y aduce muy convincentes razones, entre otras, la presentación:

como tema fundamental la queja de los conquistadores contra las injusticias que la corona española cometía con ellos, no compensándolos con bienes y con el poder y sí relegándolos al olvido. Es decir, la queja literaria que es la nota distintiva en Dorantes de Carranza, Saavedra Guzmán, Francisco de Terrazas. Una prueba más de que el romance tuvo su origen en Nueva España.

Este romance, como ha visto Toscano, está dentro del círculo resentido y pedigüeño de las primeras poesías criollas, y solamente pudo haberlo escrito quien sentía en carne propia, hasta lo más hondo de su ser —como hijo de conquistador— la honra lastimada, la humillación por esa actitud de la Corona, primero de indiferencia y después desconsiderada, siempre defensiva ante las pretensiones de los conquistadores, que se consideraban injustamente despojados de lo que era *suyo*.

El romance tiene, además, un anacronismo revelador, Cortés se dirige no a Carlos V sino a Felipe II, que fue regente de España; es un romance muy elaborado, desde luego no es popular, y es la protesta de la primera o segunda generación, del hijo o del nieto del conquistador, y aunque no alude a las leyes de Felipe II, la supresión de la encomienda de tercera vida que los dejaba sin medios de subsistencia, es muy claro que esta actitud criolla de impotencia y rebeldía inspira el romance.

El *Romance del marqués del Valle* ha sido también atribuido a Mateo Rosas de Oquendo, por haber subrayado éste, en sus romances y sátiras, el disgusto criollo, así como su inclinación

¹² Citado por Alfonso Reyes en *Revista de Filología Española*. Madrid. Oct-dic. 1917, t. iv.



110 *Clementina Díaz y de Ovando*

por “remedar los giros y situaciones de los romances que hacen más legibles sus poesías”.

En el *Romance a Cortés* la actitud levantisca y las palabras del conquistador guardan cierta relación con el romance *Cumple Alvar Fáñez con el rey el mensaje del Cid*, romance en el que Alvar Fáñez indica al rey los servicios que ha recibido del Campeador.

... que es ganado de los moros
al precio de sangre buena;
que con su espada en dos años
te ha ganado el Cid más tierras
que te dejó el rey Fernando,
tu padre que en gloria sea:
que en feudo d’esto lo tomes,
y no juzgues a soberbia
que con parias de otros reyes
él pague a su rey sus deudas;
y pues tú como señor
le quitaste su hacienda,
que bien puede como pobre
pagar con hacienda ajena . . . ¹³

La ingratitud real fue tema de la épica y del romancero, por lo que se atribuye a Oquendo la paternidad del *Romance a Cortés*. Pero el uso de renglones del romancero es muy frecuente en los romances que se hicieron en las Indias, ya que los conquistadores los recitaban a todas horas y pronto debieron aprenderlos y gustarlos sus hijos y nietos; nada tiene, pues, de extraño que el autor del *Romance del marqués del Valle*, supiera los romances del Cid, y que el romancero viejo influyera en su poesía. Durante la Colonia seguirán incrustándose en las poesías novohispanas versos de romances viejos.

Este romance es ya americano, la postura de Cortés va más allá de la adoptada por el Cid, buen vasallo que envía sólo un mensaje; Cortés llega a tomar del brazo al rey al mismo tiempo que empuña la espada y dice a éste verdades —aclara el autor— que a ningún rey habían sido dichas por un vasallo y que otorgan a Cortés la inmortalidad. Por primera vez en la historia española desconocen la autoridad real y pretenden apropiarse de esa autoridad el gallardo y valeroso Gonzalo Pizarro, el sanguinario Lope de Aguirre; los atolondrados hermanos Ávila o el irresoluto Martín Cortés, más adelante.

¹³ *Romancero español*. Aguilar, editor. Madrid, 1930, p. 651.



En el *Romance del marqués del Valle*, de aire erudito, no aparecen las burlas y vulgaridades que son la salsa de Oquendo; un tono de vívido resentimiento lo acredita, como afirmó Toscano, como de factura criolla.

Tema de los primeros romances es, también, el afianzamiento de las provincias recientemente conquistadas y las relaciones que los conquistadores descaban estrechar entre sí.

De la apenas fundada ciudad de la Asunción partieron un día del año de 1548, rumbo a la Audiencia de Charcas, varios capitanes, entre otros, el osado Nuño de Chaves (fundador que fue en 1560 de la ciudad de Santa Cruz en el Alto Perú. Por dos veces hizo tan peligroso recorrido y fue muerto en 1564 por un indio guaraní). Los enviaba Irala:

para cumplimentar al Presidente La Gasca y a su vuelta Nuño Chaves trajo a la Asunción las primeras cabras y ovejas. Ruy Díaz de Guzmán refiere que una noche los indios se aproximaban para caer de sorpresa sobre el campamento de los españoles, y al oír el balido de aquellos animales creyeron que eran señales de alerta y se retiraron, mostrándose a la mañana siguiente a los lejos.¹⁴

Esta singular hazaña “que hoy —dice Ciro Bayo— parece imposible, como que nadie la intenta por miedo a los tobas del gran Chaco”, dio origen al *Romance de Nuño de Chaves* que tiene un eco del hermosísimo del *Conde Olinos*. El romance americano, bello y emotivo en la forma actual que se conoce, canta al mismo tiempo la osadía de Chaves —que trae al Paraguay oro, plata, perlas, cabras y ovejas— su muerte (que acontece años después). En el romance, las ovejas no ahuyentan con su balido a los indios que sacrifican al capitán; su constante y desesperado balar es como un agüero que anuncia a Nuño de Chaves la proximidad de su muerte. El romance hace llegar a nuestros días el extraordinario arrojito de los conquistadores, y otorga, recordando al conde Olinos, el título de conde a Nuño de Chaves. Lo entonaba —dice Ciro Bayo— un capataz paraguayo empleado en una estancia de Talpaqué (Buenos Aires).

El conde don Nuño
madrugando está.
... Al Perú se fue
dos años hará;
del Perú ya es vuelto

¹⁴ Cit. en *Romancerillo del Plata*, p. 23.



112 *Clementina Díaz y de Ovando*

aquí al Paraguay.
Plata y oro trae
y perlas del mar,
diez pares de ovejas,
de cabros un par.
. . . Las ovejas balan,
balan sin cesar.
Vaya, soldaditos
echénme la sal.
—No puede ser esto,
señor capitán,
que laten los perros
allá en el palmeral.
Don Nuño y los suyos
acuden allá;
los indios lo notan,
murió el capitán.
Tristes las ovejas balan sin cesar.¹⁵

La leyenda de los tesoros —siempre fabulosos en la imaginación del conquistador— que los monarcas indios poseían y que los incitaba a toda clase de desmanes, está descrita en un dramático romance, *El rescate de Atahualpa*, compuesto seguramente a raíz de los acontecimientos por “algún poeta culto”, romance que aún anda en la tradición oral; Ciro Bayo lo oyó cantar a un milonguero de la Paz, Bolivia.

Atabaliba está preso,
está preso en su prisión;
juntando está los tesoros
que ha de dar al español.
No cuenta como cristiano,
sino en cuentas de algodón.
El algodón se le acaba,
pero los tesoros, no.
Los indios que se los traen
le hacen la relación.
—“Este metal es la plata
que al Potosí se arrancó.
Este metal es el oro
del santo templo del sol.
Estas perlas que el mar
en la playa vomitó.
Estas piedras, esmeraldas
que el reino de Quito dio.

¹⁵ *Romancerillo del Plata*, pp. 20-21.



Estos bermejós rubíes . . .”
—“Éstos no los quiero yo,
que son las gotas de sangre
que mi hermano derramó”.¹⁶

En los romances en que América es tema, no importan las novedades de la tierra; los autores, clérigos y soldados de la conquista, no tienen ojos para la naturaleza de estas tierras que por primera vez pisan y someten; sus intereses se concretan, como se ha visto, a la narración de sus trabajos y también a la de sus pleitos y rencillas. Más adelante, casi al finalizar el siglo xvi, el viajero observador que presume de poeta revelará a la curiosidad hispana, en su metro predilecto, el romance, el rostro del indio, el paisaje y los marcados contrastes de las Indias.

Los romances dan una serie de aspectos y datos muy interesantes para conocer la circunstancia americana; en ellos se agavilla lo medieval y lo renacentista, ya que, como ha dicho Edmundo O’Gorman, la historia de Indias, su forma y comprensión de la realidad tiene un marcado aire medieval, pues América es un poco mezcla de arcaísmo y modernismo.

La conquista de Chile originó un gran epopeya, *La Araucana*, de Alonso de Ercilla y Zúñiga, “epopeya que al decir de Ángel Valbuena y Prat, es la incorporación de los temas de Indias a la poesía y a la vez el primer patrón de epopeya clásica de la España del Renacimiento”. Y para Anderson Imbert, *La Araucana* es “la primera obra que confirió dignidad épica a los acontecimientos todavía en curso; fue la primera obra que inmortalizó con una epopeya la fundación de un país moderno”.

Ercilla pretende ajustarse al tema —lucha contra los araucanos— con toda objetividad:

es relación sin corromper sacada
de la verdad, cortada a su medida.

Para ello invoca la autoridad de un historiador; ya da razones de harto peso al presentar un hecho que pueda parecer maravilloso.

En este sentido —afirma Valbuena y Prat— *La Araucana* continúa la tradición de objetividad de nuestra épica, desde el tiempo de las *gestas*. En ello radica uno de los valores más permanentes del poema de Ercilla.¹⁷

¹⁶ *Romancerillo del Plata*, p. 60.

¹⁷ *Historia de la literatura española*. Segunda edición. Editorial Gustavo Gili. Barcelona. MCMXLVI, p. 755.



114 *Clementina Díaz y de Ovando*

Y esto es verdad, si las gestas tenían la validez de una crónica, lo mismo sucede con *La Araucana*. En el artículo “Valor histórico de *La Araucana* y del *Arauco domado*” que el periódico mexicano *El Nacional* inserta el 3 de octubre de 1897, glosa párrafos del documento XIII del tomo X de la Colección Medina, en los que puede verse como *La Araucana* sirve al conquistador Alonso de Reinoso, matador de Caupolicán, para probar sus hechos heroicos y sus servicios a la Corona:

Los testigos contestaron afirmando la exactitud de las proposiciones que se trataba de comprobar, y citan también en su apoyo el poema de Ercilla y el de Oña.

Esta información fue hecha en 3 de febrero de 1618. La primera parte de *La Araucana* había salido a luz en 1570, y la segunda parte en 1578.

El *Arauco domado*, de Pedro de Oña, se había publicado en 1596.

El hecho de que estos poemas fueran citados por los contemporáneos en comprobación de sus hazañas, está manifestando que, aun en aquella época, en que acababan de verificarse los sucesos, las obras de Ercilla y de Oña gozaban del prestigio de verdaderas historias.

Y sin embargo, el poeta, “cogido en medio de un conflicto entre ideales de verdad e ideales de poesía se lamenta de la pobreza del tema indio y de la monotonía del tema guerrero”.¹⁸

Estando en batalla, Ercilla pese a su buena voluntad, a sus juramentos de atenerse a la verdad, crea voluntariamente una nueva relación, por medio de la poesía, que embellece por primera vez a América, y que es también, la primera visión barroca de América; América sirve para forjar un tema idealizado en el cual los personajes indios andan de la mano con los personajes de la antigüedad clásica.

Pues en las epopeyas renacentistas, según ha demostrado Gilbert Highet en su luminoso estudio *La tradición clásica*,

los héroes que en ellas se cantan se comparan constantemente, por sus rasgos y sus hazañas, con los héroes de la épica y la mitología grecorromanas. Ercilla dice que los aguerridos indios araucanos son más valientes que los Decios y que muchos otros héroes griegos y romanos que se sacrificaron por su patria; y el saqueo de la Concepción es más honroso que el saqueo de Troya.¹⁹

¹⁸ E. Anderson Imbert. *Historia de la literatura iberoamericana*. México, 1954, p. 31.

¹⁹ *La tradición clásica*. Fondo de Cultura Económica. México, 1954, t. I, p. 241.



La perseverancia y la valentía de los indios araucanos es empleada por Ercilla en una comparación clásica: la historia de Dido. La india Lauca se equipara a Dido, y Caupolicán a Marte y a Cupido.

Ercilla, poeta del Renacimiento, actor en la guerra contra los araucanos, imagina la lucha contra estos indios comparable a las guerras grecorromanas, la hace digna de la antigüedad clásica, y al igualar a los araucanos con los héroes griegos y romanos da al indio, cuyo sitio en la cultura cristiana se discutía tan apasionadamente en esos momentos, les da humanidad, los hace occidentales, y por el arco triunfal de la epopeya pasan los indios llenos de honor, de heroísmo, y hasta físicamente poseen la belleza de los héroes griegos.

Y mientras los teólogos disputaban si los indios eran seres racionales, o no lo eran, si eran libres o esclavos, Ercilla otorgaba a los indios mediante la afortunada comparación con los héroes y dioses de la antigüedad clásica, la categoría histórica que también les era negada; les daba un sitio de honor en el esquema tradicional cristiano que, con la inesperada irrupción de los indios había sido puesto en crisis, ya que ni los antiguos ni los padres de la Iglesia consignaban la existencia ni de estas tierras ni de sus habitantes.

En virtud de la poesía, Ercilla hace de América tierra prodigiosa, tierra de maravillas jamás soslayadas, y de este modo salva positivamente a América. Ya Cristóbal Colón —según ha contado Edmundo O’Gorman—, ante los desastres, ante la realidad menguada de estas tierras que no corresponden a lo que de ellas se ha imaginado, va a revelarlas como tierras colmadas de excelencias y América logra así valorizarse como potencia estética.

La visión que Ercilla dio de América y de los indios tuvo muchos seguidores en España y en el Nuevo Mundo. De la última parte de *La Araucana* se desprenden nueve romances que se incluyen en el *Ramillete de Flores*. *Cuarta. Quinta y Sexta parte de Flor de Romances Nuevos, nunca hasta agora impresos, llamado Ramillete de Flores: de muchos graves y diversos autores. Recopilado con no poco trabajo. Por Pedro Flores. Librero. En Lisboa. Año de 1593.*²⁰

Estos romances son buena muestra del gusto renacentista, siguen paso pasito a *La Araucana*, se complacen en repetir la historia de Dido aplicada a los indios del Arauco. Copian las situaciones e idealizaciones de la epopeya, describen, por ejem-

²⁰ Cit. en *Romances basados en La Araucana*, p. 2.



116 *Clementina Díaz y de Ovando*

plo, la rubia belleza de la india Guacolda, única belleza que cabía dentro del concepto de belleza clásica.

... El color blanco rosado,
el cabello de oro fino,
por tierra todo sembrado,
está la bella Guacolda.

El cabello de oro puro
Guacolda arranca a manojos,
viendo a Marte y a Cupido
muerto delante sus ojos.

Los araucanos están descritos en los romances como hombres membrudos, recios, nerviosos, que usan, a la manera renacentista, escudos, lorigas, corazas y son el personaje central de estos romances, como en *La Araucana*, su fuente.

Más valientes y dignos de canto que otros pueblos indígenas, eran los araucanos que tenían una organización tribal; se nos presentan como aguerridos defensores de “unos terrenos secos y campos incultos y pedregosos”, nación fuerte y hábil, difícilmente domeñable, según Ercilla.

... tan soberbia, gallarda y belicosa,
que no ha sido por rey jamás regida
ni al extranjero dominio sometida.

Al español cabe la honra de someterlos, pero al decir de Valbuena y Prat, el español vino a ser el contrahéroe que tiene que arrasar una tierra tan ardua y heroicamente defendida.

En estos romances todo es externo, no hay fuerza épica, los araucanos y los españoles carecen de aquellos rasgos definitivos que poseen los héroes de las gestas castellanas; quedan, sin embargo, unidos a ellas por medio de la obra de Ercilla en esa tan generosa y española propensión de exaltar al vencido, propensión que reluce en el *Poema del Cid* y en los romances fronterizos.

Uno de los valores más permanentes del poema de Ercilla es la inclinación del poeta hacia el vencido. Es notable este contenido de justicia y humanidad, a pesar de que el autor batalló y sufrió tratando de domeñar a la raza araucana. Claramente expresa Ercilla su admiración por la heroicidad de aquel pequeño pueblo.²¹

²¹ Valbuena y Prat. *Historia de la literatura española*, p. 755.



En España se acusó a Ercilla de esta debilidad: elevar a los salvajes araucanos sobre los héroes españoles.

El indio, en Ercilla, es visto —a pesar de ser su enemigo no cristiano— comprensivamente y hasta con admiración, parece un antecedente remoto junto con los primeros escritos de Colón y el memorial de 1535 de don Vasco de Quiroga enviado a Carlos V, así como con la furibunda defensa de fray Bartolomé de las Casas, de la teoría romántica “del salvaje ingenuo y pacífico de existencia idílica que había de lanzar al mundo Rousseau y propalar a los cuatro vientos Chateaubriand”.²²

La visión de Ercilla y la visión de América en estado de naturaleza, del indio en medio de un mundo utópico, no alcanzará a muchos poetas que sobre América escribieron, pues la impresión que se tiene de América y de sus habitantes como hombres de vida utópica se circunscribirá a unos cuantos. Esta visión idílica, paradisíaca de América de los primeros tiempos de Colón y después de Ercilla, desaparecerá para dar lugar a una visión negativa, en la que América será causa de todos los males, tierra maldita, de desmanes y de pecado.

Entre los héroes indios fueron Lautaro y Caupolicán, tenaces defensores del Arauco, los más valientes, circunstancia que los hace penetrar en el romance. Caupolicán muere como los buenos, víctima de la fortuna, habla y actúa como un español, el romance calla la escena del empalamiento y cuenta cómo Caupolicán invoca la honra a la manera española, se rebela a que un verdugo cualquiera le dé muerte

diciendo: “Corte mi cuello
alguna honrada espada
de tanto noble español
como mira mi desgracia.”

Y al ocurrir su muerte, los indios, como los españoles ante el Cid, dudan de que la muerte lo haya vencido.

Su admiración reprimen
y presto a un poste le atan,
a donde los ballesteros
aunque con temor tiraban,
porque aunque muerto le ven,
por vivo le figuraban,
respecto del gran temor
que su vista les causaba.

²² G. Díaz Plaja. *Introducción al romanticismo español*. Espasa Calpe. Madrid, 1936, p. 181.



118 *Clementina Díaz y de Ovando*

Los romances dan también noticias de algunas costumbres de los araucanos, la manera de realizar la elección y las pruebas que debe soportar el aspirante a conductor tribal. A Ercilla la prueba del madero le pareció que estaba muy cerca de lo maravilloso y así lo recoge el romance.

Lincoya dijo: “Yo soy
aquel que más se aventaja,
y el que más valor mostré
en la elección pasada,
pues sólo Caupolicán
con seis horas de ventaja
me ganó, después que treinta
sufrió en mi hombro la carga.”

Cuatro siglos más tarde, Rubén Darío en castellanizado alejandrino francés, relatará la exaltación de Caupolicán a jefe del Arauco.

En 1604 aparece en Madrid un *Romancero*, de autor anónimo, que comprende seis composiciones glosas de *La Araucana*. El personaje central en ellas es Lautaro.

El romance quinto narra el saqueo y destrucción de la ciudad de la Concepción por los araucanos. Y se alude a la impresión que la persona de Lautaro dejara entre los españoles, ya que su presencia en los instantes decisivos del combate acelera la derrota hispana. Después del triunfo, Lautaro contempla desde un promontorio la ciudad arrasada por sus indios y remacha la codicia española que, por lo visto, propalada por un Las Casas era ya bien popular.

Y dice: “Yo oí a Valdivia
cuando a su servicio estaba
que así contemplaba Nero
cuando Roma se abrasaba,
y, pues a los españoles
les cupo codicia tanta,
yo les prometo servir
hasta la corte de España.”
Con esto mandó que luego
seña a recoger se haga
porque se quiere volver
con el despojo a su patria.²³

²³ Romances basados en *La Araucana*, p. 49.



En análoga situación las gentes de Cortés recitaron a éste el romance *Mira Nero de Tarpeya*. . . , lo que comprueba la popularidad del *Romancero* entre conquistadores y poetas que sobre sus personas escribían.

Cinco de estos romances que incluye el *Romancero* anónimo están apoyados en el episodio amoroso de Lautaro y Guacolda. Las costumbres y sentimientos amorosos de los indígenas corresponden a motivos de la época.

Lautaro del alma mía,
dad aviso a vuestra gente
que un sueño soñado había,
y es que el contrario español
en vuestro campo hería
de tal suerte, que quedaba
yo sin alma y vos sin vida.

Lautaro, muy seguro de su fortaleza y valentía, calma la angustia de su amada diciéndole que en su compañía no debe temer ni a Marte.

Señora, yo soy aquel
que en las batallas vencía,
gané, y quité de las manos
al esforzado Valdivia,
aquel que en Andalicán,
a tantos quitó la vida:
pues si soy este que digo,
decidme, señora mía,
¿De qué teméis, ni aun a Marte,
estando en mi compañía? ²⁴

La muerte de Lautaro se canta en el sexto y último romance, “el más hermoso y completo de todos” a juicio de Aída Cometta Manzoni; en su libro: *El indio en la poesía de la América española* (1939).

Los españoles vuelven por sus fueros ansiosos de venganza y honra; el sueño de Guacolda, fatal premonición, se cumple al igual que el de aquella su lejana compañera carolingia, la dulce y enamorada doña Alda. El jefe del Arauco, hasta entonces jamás herido, invulnerable como un semidios griego, es muerto por un brazo que se adjetiva venturoso. El sufrimiento de la vida y muerte heroica encuentra en la poesía, en el romance, su exaltación, y al nombrar a este araucano Cupido, Marte, Lautaro, nos entrega un nuevo héroe que al mestizarse poéticamente se ha

²⁴ Romances basados en *La Araucana*, p. 41.



120 *Clementina Díaz y de Ovando*

fortalecido, pues en su leyenda queda anudado el mito occi-
dental y el mito americano.

... sale de su tienda apriesa
el sin ventura Lautaro.
Y aún no pudo el gran guerrero
informarse del asalto,
cuando de súbito vino
de algún venturoso brazo
una flecha que abrió
el nunca herido costado
tan furiosa que dio muerte
al Amor, Marte, Lautaro.²⁵

También, muy a la moda renacentista, se describe el paisaje americano, convertido ya en ese paisaje idealizado de Ariosto y Tasso. En los romances desprendidos de *La Araucana*, el paisaje es apenas aludido y por convencional, puede encontrarse en cualquiera novela pastoril, no hay descripción maravillada, no hay expectación, no hay “extrañeza”, y aunque Ercilla “no excluye el sentimiento vivo de la naturaleza americana que aparece ya en detalles, ya en la descripción meteorológica”, los poetas que lo imitaron prefirieron la idealización italianizante del paisaje.

En un encubierto valle
de obscura selva cercado,
riberas de un hondo río
que riega el valle de Arauco
lugar defendido y fuerte,
de una gran peña amparado,
rota y perdida su gente
está el gran Caupolicano
temerario y vergonzoso
de volver ante el Senado.²⁶

Dice Luis Alberto Sánchez que, cuando se descubre el prodigio del Marañón, “aparecen una multitud de romances absortos ante aquella maravilla, no hay ninguna buena razón para creer que estos romances reproduzcan sin idealización el paisaje, el sentimiento de la naturaleza adviene con el romanticismo, la poesía heroica nunca desvía su interesante narración para fijarse en lo accesorio, además estos romances desprendidos de *La Araucana*

²⁵ Romances basados en *La Araucana*, p. 51.

²⁶ *Op. cit.*, p. 27.



no son épicamente puros, están mechados como el manantial de donde brotan del gusto renacentista; gusto que refracta la realidad americana, pero gracias a esa recreación poética América entra a la cultura universal”.

Mateo Rosas de Oquendo, en sus romances: *Carta de las damas de Lima a las de México* y *Alabanza de la provincia de Campeche*, pinta un paisaje convencional, renacentista, “habla —dice Alfonso Reyes— de oídas de Yucatán, y sólo por complacer a un don Pedro Cubas amigo suyo”.

De este típico paisaje renacentista tampoco se libra el romance *Indiano volcán famoso*. Ante el grandioso e inusitado espectáculo de nuestros volcanes, el Popocatépetl y el Iztaccíhuatl, Oquendo reacciona tomándolos como un pretexto para condolerse de sus desdichas de enamorado y recordar, como Garcilaso de la Vega, los días felices. Y como un fondo escénico toma a las montañas de Guadalupe en el romance del mismo nombre.

También don Luis de Góngora hablará, de oídas, sobre temas americanos y los tomará como mero pretexto para una sátira general en su romance *Escuchadme un rato atentos*.

En el romance *Extensión de los dominios españoles en tiempo de Felipe II*, “tomado de un códice de fines del siglo xvi”, tampoco hay alusión al paisaje americano, pero sí se describe la riqueza de las Indias y se insiste orgullosamente en que es la España imperial la que logró la proeza de someter tierras cuya opulencia provoca la envidia de otras naciones.

Gran número de provincias
del imperio mejicano,
do promete ricas venas
el lugar más olvidado:
grandes islas, ricos puertos,
que españoles han poblado,
pasando la equinoccial
en el Perú han habitado,
gran Imperio de los Incas
que entre ellos han gobernado,
sojuzgando mil naciones
hasta estar todo allanado.
De aquí cargan grandes flotas
para España cada un año
de drogas, de plata y oro,
que no puede ser sumado.
En riquezas a esta tierra
ninguna se ha igualado,
ni tal se sabe de historias
que hubiese en tiempos pasados . . .



122 *Clementina Díaz y de Ovando*

Los romances no hacen referencia a las maravillas de la tierra americana, que en leyendas forjadas por Colón, los navegantes y cronistas imaginativos corrían por toda Europa. No hablan, por lo general, de la benignidad y dulzura del clima, de la vegetación que bien podía figurar en los libros del *Amadís*, del sinople permanente de los campos, la exquisitez de los frutos, las flores, plantas medicinales o los animales. Algunos hacen hincapié en la riqueza americana, en el rútilo inagotable de las minas, pero la expectación, la novedad y el misterio de la naturaleza americana no son temas primordiales en los romances.

El poeta que quedó en España exalta la riqueza indiana y la empresa española como premio divino, pero el que viene a las Indias, tiene otra opinión distinta, a la América poética de Ercilla, se opone la América negativa. Así la verá Mateo Rosas de Oquendo, personaje singular, gran amador, aficionado convencido del buen vino y de la buena mesa; viajero por Italia, Francia y que en América anduvo por Tucumán, por Lima donde escribió romances “que conservan la vida limeña durante el primer siglo de la vida colonial y en México donde probablemente estaba en 1612”; su obra se encontró en *La sumaria relación de cosas de Nueva España* compuesta en México por Baltasar Dorantes de Carranza en 1604. Capaz de burlarse de todo lo creado, Oquendo nos lega la perspectiva de una América al sesgo de un poeta pintoresco y burlón.

Oquendo no comparte la opinión del autor del romance *Extensión de los dominios españoles*... tampoco la de Ercilla; con su fluido sarcasmo empieza por narrar en su romance *Respuesta de una carta que un amigo escribió a otro* (Felisio tu carta vide) las penalidades del esperanzado inmigrante que ha creído tanta belleza como de América cuentan; el ir a las Indias es el destierro; como en la novela picaresca, se sale de España no por gusto sino precisado, un amor que se frustra lo destierra a América; otros —dice— perseguidos por la justicia: y así llega a Cartagena tierra malsana, tierra de necesidad.

Y al llegar a las Indias no es oro todo lo que reluce, los peligros acechan, no puede entrarse impunemente como a su casa, las Indias exigen elevados impuestos:

Llegué al nombre de Dios,
nombre bueno y tierra mala,
donde están las calenturas
hechas jueces de aduana...



Oquendo pronto se desencanta de las Indias, es un espejismo su riqueza, el abrirse paso es difícil, el hambre acosa y los vestidos son buena muestra de miseria. Asimismo, advierte que los valores se han trocado, se rompen tradiciones, el que en España era nadie, aquí tiene *don* y presume de ilustre familia:

El más pobre es caballero
descendiente de la casa
de los Telles de Meneses
o Ladrones de Guevara.

Tan preclaros nombres no son obstáculo para que sean en las Indias humildes vendedores, según la sátira social que hace:

¡Aquí de Dios y del Rey!
¿Que venga de España un hombre
a valer más en las Indias
y esté vendiendo “camotes”?

El trueque de valores es más profundo de lo que a primera vista parece, nos dice Oquendo, pues en las Indias, el mal ha vencido al bien; la mentira a la verdad, el español se ha corrompido, el infierno señorea, como tierra donde el demonio impera, existe una precocidad para el mal:

No hay lugar como Sibila
en cuanto el sol cubre y baña
que lo que es bueno se estima
y acá lo malo se ensalza.
Es tierra de confusión,
es caos do están las marañas,
es un infierno de vivos
y un Antecristo en palabras.

Y esta Nueva España, “nueva en el nombre, pero no en los efectos porque en ella no se conoce la verdad”, pretende compararse a la España verdadera, “que tiene más plata en sus montes de Guadalquivir, más oro en el Tajo”, más exquisitos frutos, dorado aceite, suave y oloroso pan, según comenta Oquendo en su romance: *Sátira que hizo un galán a una dama que alababa mucho a México*:

¿Hallaron en este reino,
Cortés ni sus españoles
sino bárbaros vestidos
de plumas y caracoles?



124 *Clementina Díaz y de Ovando*

Caballos no los había,
carneros, vacas, lechones,
ni aceite, ni pan, ni vino,
sólo “magueyes” y “alotes”.

El poeta se reconcilia con los “frijoles”, los encuentra del todo buenos y sabrosos; ya el obispo Zumárraga habla de la añoranza que los frutos ibéricos provocan en el ánimo de los españoles, y dice que cuando éstos se produzcan en la Nueva España cesarán sus quejas, pues a Castilla la recuerdan “más que por otra cosa por los frutos”.

Para Oquendo las Indias y su naturaleza son inferiores, no puede sustraerse al concepto de superioridad en todos los órdenes de lo occidental; y esta América intrusa a la que hay que acomodar de algún modo dentro de las creencias tradicionales no lo es fácilmente “por lo cual se la calificará de naturaleza inferior o degradada” —según nos ha enseñado Edmundo O’Gorman y constituyó un problema de difícil solución para el español. El que las Indias —Nueva España—, tierra a todas luces inferior, pueda compararse a España, es algo que saca de quicio a Oquendo, quien pide el castigo español para tamaña osadía.

Castiga a este reino loco
que, con tres “chiquizapotes”
quiere competir contigo
y usurparte tus blasones.

Quiere darnos a entender
que no hay cosas en el orbe
como son las mexicanas,
y así quiere que se adoren.

Mas yo no he hallado en ellas
muros, piramis, ni torres
de Babilonia ni Exito
para que nos hunda a voces.

Las Indias, para Oquendo, son una tierra ingrata tanto por sus condiciones como por la gente que las habita; les tiene un gran desprecio, “castiga a ese reino loco” que no ha dado nada, miserable —sólo posee tres *chicozapotes*, y así quiere, con soberbia inaudita, rivalizar con España. Es curiosa la alusión a las antigüedades mexicanas; la grandeza de México podía haber estado en sus monumentos; en los versos de Oquendo se refiere que los mexicanos tenían por honra esos monumentos.

Oquendo hace la crítica de la sociedad; se revuelve contra los habitantes —los criollos— porque hacen el loor de las Indias



oponiéndolas al loor de España; loor que hicieran con plena conciencia de las calidades de España el obispo de Burgos, don Alonso de Cartagena, en aquel su discurso dicho en Basilea fundamentando el *derecho de precedencia del rey de Castilla sobre el rey de Inglaterra*, y Fernando de la Torre en documento confidencial que enviara a Enrique IV de Castilla al empezar a reinar, y también el *romancero* reitera el loor de España considerándola como tierra de maravilla, sutilmente diferenciada de Europa, hermosa y pródiga, pero, sobre todo, superior por sus virtudes heroicas: el valor y el honor.

Madre España, ¡Ay de ti!
en el mundo tan nombrada,
de las partidas mejor,
la mejor y más ufana,
donde nace el fino oro
y la plata no faltaba
dotada de hermosura
y en proezas extremada ... ²⁷

La calumnia de Oquendo contra las Indias está inspirada por los criollos que las exaltan olvidándose de esa tierra única: España, grande por su ánimo militar, tierra mágicamente fértil: “Non una vez al año, mas tres en algunas partes, lleva o puede llevar pan la tierra y fruta los árboles.” ²⁸

Aún hoy día el español, vaya donde vaya, vea lo que vea, sigue considerando a España, o a su provincia, lo mejor del mundo.

Oquendo no puede menos de reconocer que Lima tiene alguna semejanza con España, pero de inmediato reacciona: las Indias son sitio de castigo:

Vi la grosedá de Lima
casi semejante a España,
lugar que para mi daño
conocí una temporada.

Y mientras Nueva España quiere salvarse y ser medida con el mismo rasero que Europa, Oquendo y Dorantes insisten en su condenación, que se extiende a todas las Indias por ser tierra de naturaleza disminuida, henchida de maldad, feudo del demonio, tierra ingrata tanto por sus condiciones como por la gente que la habita, forajidos y extraños; infame con sus propios hijos y naturales:

²⁷ *Romancero español*, p. 321.

²⁸ Citado en *España y su historia*, p. 31.



126 *Clementina Díaz y de Ovando*

¡Oh Indias . . . , confusión de tropiezos, alcahuete de haraganes, carta ejecutoria de los que os habitan, banco donde todos quiebran! . . . ¡Oh Indias, anzuelo de flacos, casa de locos, compendio de malicias, hinchazón de ricos, presunción de soberbios! ¡Oh Indias, algunas calidades pegadas con cera, prendidas con alfileres . . . ! ¡Oh Indias, mal francés, dibujo del infierno, tráfago de behetrería! . . . ¡Oh Indias, madre de extraños, abrigo de forajidos y delincuentes! . . . ¡Oh Indias, madrastra de vuestros hijos y destierro de vuestros naturales.²⁹

Estas imprecaciones de Dorantes son complemento de la calumnia de América expresada en los romances de Oquendo; con texto de descrédito, pero este ataque a las Indias no es fortuito, se liga al tema de la época: la condenación de América.

En su ensayo “El indio absuelto y las Indias condenadas”, Juan Antonio Ortega y Medina nos revela cómo la conciencia popular española dio su opinión sobre América en el “Auto las cortes de la muerte” (1557); América es vista como tierra satánica que con su oro, con sus riquezas modifica al español, lo torna malvado:

¡Oh India, que diste puertas
a los míseros mortales
para males y reyertas!
¡India, que tienes abiertas
las gargantas infernales!
¡India, abismo de pecados!
¡India, rica de maldades!
¡India, de desventurados!
¡India, que con tus ducados
entraron las torpedades!

La imagen, primero edénica, dice Ortega y Medina:

poco a poco se va trocando. en antítesis demoníaca y negativa. Claroscuro condenatorio y conceptual sobre América que bien serviría para quitar de las cabezas ilusionadas los ensueños y aspiraciones a un mundo mejor y muelle.³⁰

Esta visión sobre América que prevaleció en la conciencia popular española, es evidente que informa la obra de Oquendo. Un buen día Oquendo tiene que marcharse de la Nueva España, de esa Nueva España colmada de defectos, y español de

²⁹ Citado en *Capítulos de literatura española*, p. 57.

³⁰ *Historia mexicana*, vol. iv, núm. 4, abril-junio 1955, p. 504.



buena cepa es contradictorio al abandonar estas tierras, no deja de sentir cierta melancolía y dolor. También en el auto “Cortes de la Muerte” el personaje simbólico de la Carne, pese a todo lo que contra América se ha expuesto, aludirá al deseo de regresar a América que tiene todo español que la haya paladeado, aunque sea antesala del infierno:

El vivir allá es vivir,
que acá no pueden valerse.
Lo que yo te sé decir,
que pocos verás venir
que no mueran por volverse.

Oquendo, además de su visión sobre América, dejó al criollo como recuerdo el arbitrio de la sátira que éste aprendió a usar con el tiempo tan admirablemente que superó al maestro.

Tan prolijo y sagaz observador de la circunstancia americana como fue Mateo Rosas de Oquendo, no dejó sin comentarios la vida y costumbres del indio en los primeros tiempos coloniales. La impresión que en Oquendo causó el habitante de América es, desde luego, diferente a la que nos legó Ercilla; en sus romances recogió las costumbres y el habla indígena con su habitual tono zumbón, tal en el *Romance en lengua de indio mexicano medio ladino*, que Alfonso Reyes considera:

La sátira más importante de todas desde luego por la presentación de la vida del indio no exenta de valor psicológico, aunque sea burlesca, y además, por ser la primera parodia del español hablado por los indios de América.³¹

El romance de Oquendo es una parodia defectuosa del español hablado por los indios; no es posible pedir al poeta la exacta transcripción de la fonética indígena, cuando su propósito es simplemente humorístico.

También fray Martín Jiménez utiliza este elemento cómico en las representaciones que:

con los ejemplos más eficaces que sabía mezclaba algunos versos de romance, porque era ingeniosísimo poeta, para que gustasen los españoles, así de la historia como del gracejo de la mala pronunciación de los indios y sirviese de diversión.

Equivalente recurso cómico adoptan Hernán González de Es-lava en sus *Coloquios* y Sor Juan Inés de la Cruz en sus villan-

³¹ *Capítulos de literatura española*, p. 47.



128 *Clementina Díaz y de Ovando*

cicos y, durante el siglo XIX, novelistas y escritores de costumbres utilizan este mismo medio y aún en nuestros días en las piezas escénicas consuena el español trastrocado por los indios; pues indudablemente sólo un reducido núcleo llegó a dominar el castellano en la forma que causó la admiración de Juan de la Cebra, expresada en su *Epístola al Lic. Sánchez Obregón, primer corregidor de México*.

Tan interesantes como la imitación del castellano hablado por don Pablo, en el romance de Oquendo, son las reflexiones que este indio mexicano, ya mestizo medio ladino, o lo que es lo mismo indio cristianizado que hacía esfuerzo por hablar castellano, hace para probar el derecho que tiene de exigir justicia:

I estos billacas parzande,
qui mi sacado al tabrado,
no ai rrespet'a la bersona;
que dizen: "Yo soi don Pablo
y mi muxer Polonilla,
que es ona santa cristiana,
que quando se va a la misa
lleba rosario la mano,
luego se puelpe a su casa,
mi comita aderesando,
i paxando su miscueso,
zas ixo está tottrinanto."
tando tiene atrevimiento,
que ia me tiene afrendando:
¿no ai justicia de la dierra
que lo orque estas pillacos?
¡O, xoro a quien me parió
y por vida de don Pablo,
que su cavesa y miscueso
la horca a d'estar clabado!³²

Don Pablo ostenta el *don* y ese don concedido en el siglo XVI a los caciques indígenas para ennoblecerlos le da derecho a consideraciones iguales al español, y el machacar "yo soy don Pablo" es la manera que este indio tiene de incorporarse, asimilarse al español, ser igual que él. Más adelante el mestizo tendrá la misma pretensión.

Este uso del don ha venido a ser muy mexicano. Guillermo Prieto motejado como el "romancero", daba el don a Jesucristo en un gracioso romance alusivo al 16 de septiembre:

³² *Capítulos de la literatura española*, pp. 47-50.



Estaba don Jesucristo
en un mirador del cielo;
platicando mano a mano
y de broma con San Pedro,
cuando escucharon repiques,
pero repiques a vuelo,
por el rumbo más hermoso,
sin duda el rumbo de México . . . ³³

Y el diablo también es don, sólo puede así enfrentarse a San Miguel, afirma una danza popular.

Viva, viva, Señor San Miguel,
que le puso guerra a don Lucifer . . .

Hoy día la gente del pueblo se otorga el don y en los corridos el héroe lleva siempre esta distinción.

Además don Pablo sabe jurar por el rey de España, mandar al diablo y como ya es cristiano tiene derecho a recibir justicia, a ser tratado como un español. Según el sentir tradicional del español, la conversión al cristianismo equipara al indio y al español que es el poderoso, aunque en la vida práctica de la Colonia no pasó de mera teoría.

Los romances también recogen los vocablos indios que:

desde los siglos xvi y xvii los cronistas españoles dieron entrada en el idioma al describir la fauna, la flora y gea del nuevo mundo, o las costumbres de los aborígenes; pues obsérvense que en su totalidad dichas palabras son nombres de cualidades o substancias, y siempre de substancias y cualidades concretas. ³⁴

Los romances no se detienen en la descripción de la fauna y la flora, como hacen otros poetas que estuvieron en América, tampoco penetra en el “misterio de la flora y fauna del Continente americano”, que el padre Acosta se encargará de revelar ese misterio en su *Historia natural y moral de las Indias*, como

³³ *La Libertad*. Periódico político, científico y literario. Periódico liberal conservador. México. 16 de septiembre de 1883.

³⁴ Ricardo Rojas. *Noticia preliminar al Martín Fierro*. Biblioteca Argentina, t. 19, p. xxxiii.



130 *Clementina Díaz y de Ovando*

puede verse en el espléndido estudio e interpretación de este libro debidos a Edmundo O’Gorman.³⁵

Circunscritas a plantas, animales y lugares, aparecen en los citados romances de Mateo Rosas de Oquendo: “Sátira de un galán a una dama criolla que alababa mucho a México”, términos como *patastle*, *achiote*, *suchicastle*, etcétera, que indignaban al autor sobremanera por su difícil pronunciación; y que, sin embargo, iban a ser usadas como ornato por los poetas y a quedar definitivamente incorporadas al castellano.

Hay estrofas de Barco Centenera en su poema *Argentina*, sobre la Conquista de Chile, formadas casi íntegramente de nombres indios. Pero más concluyente que estos ejemplos americanos, al fin, lo es un pasaje del *Laurel de Apolo*, donde Lope de Vega, por evidente primor literario, ha compuesto versos enteros con sustantivos indios.³⁶

Frutos y animales indígenas ornarían, también, las fachadas de los templos barrocos.

El romance del mestizo, de Oquendo, noticia algunas expresiones autóctonas, aunque ya castellanizadas: el famoso *chismole* que tanto pavor diera a Bernal Díaz, quien ya se figuraba guisado a este estilo; el *tianguis*, mercado indio tan limpio y ordenado que maravillaba al mismo cronista; el sabrosísimo *aguacate* (*Persea gratísima*) a “Venus consagrado”, dice Juan de la Cueva en su epístola ya citada, en la cual da también el nombre de otros frutos y sus características, y el exquisito sabor de las comidas indias:

que un pipián es célebre comida,
que al sabor de él os comeréis las manos.

Figuran en el aludido romance de Oquendo los *camotes*, los *chilchotes*, especie de chiles de fuerte color; el *coyote*, en náhuatl *coyotl*, nuestro lobo; el *ajolote*, batracio abundoso en los lagos mexicanos, palabra formada por *atl* agua y por *Xólotl* dios, palabra esta última que también significa enano o monstruo, y que se metamorfosea en ajolote; y el *juil*, pescado de agradable sabor y con el cual se hacen tamales, y habla también el poeta del tabaco:

Las narices son volcanes
y las bocas son fogones.

³⁵ Fondo de Cultura Económica. México, 1962.

³⁶ *Noticia preliminar al Martín Fierro*, p. xxxiii.



Dice Oquendo en el *Romance del mestizo*:

“¡Ay, señora Juana!
Vusarcé, perdone,
y escuche las quejas
de un mestizo pobre;
que, aunque remendado,
soy hidalgo noble,
y mis padres hijos
de Conquistadores;
y si es menester,
por Dios que me enoje,
porque me conozcan
esos españoles.
...No temo alguaciles
ni a sus porquerones,
que por Dios del cielo
que los mate a coces;
que estoy hecho a andar
por aquestos montes
capando los toros
como unos leones.
No temo arcabuses
ni a sus perdigones,
que por mí, contento
los como en *chismole*.
¡Ay, Juanica mía,
carita de Flores!
¿Cómo no te mueres
por este *coyote* . . . ?
. . . el que en la laguna
no deja *xolote*
ni rana ni *juil*,
que no se lo come,
el que en el *tianguis*
con doce *chilchotes*
y con diez *aguacates*,
como cien *camotes*”.
—Aquesto cantaba
Juan Diego el noble,
haciendo un cigarro;
chupólo y durmióse.³⁷

En este mismo romance tenemos la percepción de los problemas de Nueva España. Oquendo, que como se ha visto, era un acucioso observador se dio cuenta inmediata de las rivalidades

³⁷ *Capítulos de literatura española*, pp. 60-61.



132 *Clementina Díaz y de Ovando*

que en el siglo xvii existían entre peninsulares y los hijos de los conquistadores por la supremacía de los primeros. Haciendo chunga de su situación, que se hacía más dura “pues ya no abundaban los mestizos aristocráticos y en toda América crecía el prejuicio racial”, el mestizo del romance, nacido en Indias, mexicano en resumidas cuentas, expone sus quejas, habla de su alcurnia, es descendiente de soldado conquistador que en los primeros tiempos “se tuvo por título glorioso”, alcurnia que ya no se le reconoce, no hay blanca con que darle lustre y empieza a vivir del recuerdo al ser desplazado por el “gachupín”:

Viene de España por el mar salobre
a nuestro mexicano domicilio
un hombre toSCO, sin algún auxilio,
de salud falto y de dinero pobre . . .

Pero con una rapidez que parece de encantamiento se enriquece a costillas de este mexicano de solar bien conocido en Indias.

Si este romance fuera la transcripción puntual que el poeta, sin ponerle mucho de su contumaz ironía, hubiera hecho de las quejas de éste, desde entonces despreciado mestizo, podríamos aventurarnos a decir que ya en el xvii empieza a manifestarse como un modo de ser mexicano el envolver con humor y burla los sinsabores y fracasos que padecemos; burla que aparece como un motivo constante de la poesía y arte populares. Los *corridos* ilustrados por José Guadalupe Posada son un estupendo ejemplo.

El romance de Oquendo nos deja también la primera figura gráfica del mestizo, indio o mexicano que envuelto en su sarape se duerme con la intención deliberada de no enterarse de lo que ocurre a su alrededor, de evadirse de la realidad para seguir ensimismado en sus recuerdos placenteros, figura que ha venido a ser en nuestros días un falso símbolo del mexicano que reproducen lo mismo las tarjetas destinadas a los turistas, que las figuras de barro de San Pedro Tlaquepaque.

El romance, fiel a su tradición de informador, ha noticiado la noticia de Indias y la realidad americana vista al sesgo de las ideas de la época. Sin embargo, se encuentra una limitación cuantitativa del *Romancero* indiano ya que comparado éste con el de la reconquista, resulta dato aislado en la historia versificada de



España, y es que el romance “muy rara vez canta expansiones extraterritoriales, v. gr. el tema americano”.³⁸

Enrique de Gandía afirma:

La influencia que tuvo el hallazgo de nuevas tierras en la conciencia de los últimos hombres de la Edad Media, es asombrosa: las aventuras de los héroes americanos eclipsaron a las de los paladines medievales. Ya no se escribieron obras de caballería. La gente quiso enterarse de verdades, de hazañas que podía imitar y que se cumplían en su tiempo, y no de mentiras, de fábulas viejas que era ridículo querer imitar.³⁹

Desde luego, los descubrimientos y las hazañas de los héroes españoles en América, debieron emocionar a los contemporáneos, pero no opacaron en modo alguno a los héroes nacionales, que no se conoce el romancero del inaudito viaje de Cristóbal Colón, el de Hernán Cortés, el de Orellana o el de Pizarro, o un romancero sobre la naturaleza americana, la vida y costumbres de los indios. El español siguió encariñado, desde antes que los libros de caballerías cayeran en desuso, con las hazañas del Cid, las de Fernán González, las recientes de Diego Paredes, la astucia y sabias cuentas del Gran Capitán don Gonzalo Fernández de Córdoba, la victoria de don Juan de Austria, o algo tan vital como era la rebelión de los comuneros.

Los romances que recogen toda emoción heroica o sentimental no recuerdan muy mucho a los conquistadores, pues de haber sido abundosos los a ellos relativos y gozado de idéntica popularidad que los romances dedicados a los héroes de la reconquista, hubieran pervivido al través del tiempo en la memoria popular, tan constante para guardar lo que en verdad quiere y le interesa.

Esta limitación del romancero indiano puede encontrar varias explicaciones: la política económica de España, que no permitió que se engrandeciera a los españoles de América, ya que había que acallar las proezas de estos hombres capaces de rebelarse como había acontecido en el Perú, y el mal había que cortarlo de raíz, silenciando sus hechos heroicos. Además, la empresa americana, que comenzó siendo una empresa popular, al poco tiempo acabó siendo un designio estatal y eclesiástico que domesticó al conquistador y a sus descendientes. Al apoderarse el Estado y la Iglesia de esta empresa, el *Romancero*, poesía genuinamente popular, no encontró la inspiración para cantar las

³⁸ Rodríguez Moñino. *Origen y formación del romancero de la guerra de España*. Ed. Madrid-Valencia, 1937, p. 9.

³⁹ *Historia de Cristóbal Colón*. Buenos Aires, 1943, p. 360.



134 *Clementina Díaz y de Ovando*

hazañas y las novedades de América con la amplitud que tuvo en la guerra de los moros. Para haber cantado la empresa americana, ésta tenía que haber sido popular y democrática.

Y tal parece que el hombre español de aquel tiempo veía con desconfianza las hazañas de los conquistadores y algunos aspectos de la circunstancia americana, pues la empresa de América, desde Colón, había fallado y traído bastantes descalabros.

Al hombre español no le interesaban las Indias; hay una vena de condenación para América culpable ante sus ojos de la decadencia española, decadencia que se verá como el castigo celestial por los muchos pecados que han cometido los españoles en tierras americanas. América, por lo mismo, es la expiación. Sólo muchos años después, América adquirirá importancia en la conciencia popular española.

El romance, que llegó a América como fórmula literaria ya hecha, y sirvió para significar los temas americanos desde *fuera* en actitud pasiva, no desaparecerá. Más tarde el hombre de América: el criollo y el mestizo, al cobrar conciencia de sí mismo, buscará una fórmula para expresar desde *dentro* el ser de América, nuestro propio ser, y en la necesidad dramática de buscar esa expresión rechaza otras formas literarias y escoge el romance; esta selección implica ya una originalidad. El *Romancero* de Guillermo Prieto responde a este sentido, encontrar una expresión nacional que, si bien Prieto no logró, andando el tiempo se alcanzará, pues al llegar un movimiento revolucionario que se siente como empresa popular, aflorará en todo su esplendor una nueva expresión literaria popular que es el *corrido*, que entronca con la vieja épica hispana popular y democrática, uno de cuyos gajos es el romance, antecedente inmediato de nuestro *corrido*, y en cuyos ahora lejanos renglones se difundieron, pese a su distorsión, algunos señalados aspectos de América, novedad para el español.